

nada sustancial; no puede, pues, tener una duracion infinita» (1). La doctrina de *Escoto*, si se la separa de la levadura cristiana que la hace inconsecuente, es la doctrina verdadera; es la creencia en la salvacion universal, que de dia en dia gana terreno en el corazon de los hombres contra el dogma bárbaro del infierno. ¿Por qué la filosofia de *Escoto* ha encontrado tan poca acogida durante la Edad Media? Un contemporáneo del filósofo dice que atacando la eternidad de las penas se quita á los hombres un temor saludable y se los entrega sin freno al pecado (2). En efecto, el infierno ha sido el gran instrumento de la educacion de los Bárbaros. Por medio de los terrores del infierno, convirtió San Bonifacio á los Germanos (3); por medio de los terrores del infierno moralizaban tambien los predicadores á los fieles (4). Los filósofos de la Edad Media están conformes con los teólogos; Hugo de San Víctor y Pedro de Blois (5), San Anselmo, San Buenaventura y San Bernardo (6), dicen que el temor del infierno mueve á los hombres á la penitencia. Pero la creencia del infierno, útil para dominar á los Bárbaros, se hace funesta en un estado social más avanzado. Este instrumento de moralizacion es en el fondo inmoral. El hombre se abstiene del pecado, no porque es el mal, sino porque el pecado trae consigo un castigo terrible; hace el bien, no porque es el bien, sino porque el bien es recompensado con la bienaventuranza eterna. ¿No es esta la teoría del interes bien entendido aplicada á la religion? El fiel calcula las consecuencias de la virtud y el vicio, y, como buen calculador, se decide por la virtud. No, la virtud y el vicio no son una especulacion: el hombre debe practicar el bien y evitar el mal, porque esta es la ley moral á que está sometido. Cuando la humanidad tenga conciencia

(1) SCOT., *De divisione naturæ*, v, 6, 26, 27.—MÖELLER, *Scotus Erigena*, página 107, 115, 117, 119, 121.

(2) FLORUS (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XV, p. 631, A.).

(3) BONIFAC., *Sermo VI* (MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. IX, p. 200).

(4) AMBROSII APTERTI presbyteri, *sermo de cupiditate* (siglo VIII, MARTENE, *ib.*, t. IX, p. 231).

(5) HUGON. DE S. VICTORE, *Summa*, VI, 10.—PETRI BLESENSIS, *Sermo 65* (*Bibl. Maxima Patrum*, t. XXIV, p. 1145).

(6) Véanse los pasajes citados en el *Soliloquium de SAN BUENAVENTURA*, c. 3 (*Op.*, t. VII, p. 117).

de esta ley, el infierno será un horror inútil. El porvenir pertenece á la doctrina de *Escoto Erigenes*.

## § II.—Berenger.

Los reformados celebran á *Berenger* como un testigo de la verdad, al paso que los protestantes lo rechazan como un hereje; Lutero, tan hostil al Pontificado, abrazó el partido del Papa contra *Berenger*, del perseguidor contra la víctima (1). A decir verdad, el hereje del siglo XI es un precursor de la filosofia más bien que de la Reforma. Si hemos de creer á sus contemporáneos, era libre-pensador desde su juventud: «Cuando íbamos juntos á la escuela, dice *Lanfranco*, se complacia en buscar argumentos contra la fe católica en los escritos de los filósofos» (2). Muy aficionado á las novedades, hacía poco caso de las autoridades por imponentes que fuesen. *Berenger* se mantuvo fiel á esta tendencia; es un pensador que procede de la razon, no es un hombre de fe: «No comprendo siquiera, dice, como es posible no preferir la razon en la investigacion de la verdad; es preciso estar ciego para no ver lo que es claro como la luz» (3). Esto es el principio del racionalismo, y parece que el diácono de Tours no retrocedió ante las consecuencias de su doctrina. No se contentó con rechazar con disgusto los milagros que fabricó el cléro para probar la presencia corporal de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristia (4); sus enemigos le acusaban de negar hasta los milagros de las Sagradas Escrituras: «¿Qué queda entónces de la fe cristiana, exclama *Guitmondo*, arzobispo de Averse, y qué es de la autoridad de la Iglesia?» (5).

*Berenger* sigue siendo cristiano, pero mina los cimientos del

(1) LESSING, *Berengarius Turonensis* (*Obras*, t. VIII, p. 320, ed. LACHMANN).

(2) HENRIC. DE KNYGTON, *De Eventib. Angliæ*, lib. II, c. 5.

(3) BERENGAR., *De sacra cæna* (Berlín, 1834), p. 100.

(4) BERENGARIUS, *De sacra cæna*, p. 37: «*Fabula omni catholico auditio ipso indignissima.*»

(5) GUITMUNDUS, *De veritate Eucharistiæ*, lib. III (*Biblioth. Maxima Patrum*, t. XVIII, p. 459).

cristianismo, como dicen sus contemporáneos: «Todo el edificio del catolicismo se derrumba juntamente con el dogma de la presencia corporal de Jesucristo en el misterio de la Eucaristía», dice el abad *Durand* (1). No remontaremos hasta el origen de esta creencia. Es indudable que en los primeros siglos no se conocía el nombre de *transubstanciación*, y digan lo que quieran los católicos, ni existía el nombre ni existía el dogma. En una edad que materializaba la religión, la idea de la presencia corporal de Cristo debía prevalecer sobre la idea de una comunión puramente espiritual. *Berenger* dice que en Roma no querían ni oír hablar de una comunión espiritual. Pero por lo mismo que la transubstanciación halagaba al espíritu crédulo de las masas, repugnaba á las clases inteligentes. *Berenger* encontró numerosos partidarios en el seno del clero; hasta el mismo Gregorio VII le era favorable, hasta el punto de que los enemigos del gran Papa le acusaron de participar de los errores del hereje.

¿Cuáles eran las herejías que enseñaba el archidiacono de Tours? Es difícil precisarlas: es más conocida la parte negativa de su doctrina que la parte dogmática. La transubstanciación debía resistirse á un pensador que se atiene á la razón. *Berenger* no ve en ella más que la superstición de un pueblo ignorante (2). ¿Se ha limitado á negar la transubstanciación, ó ha llevado su audacia hasta negar la presencia real? Sus contemporáneos le acusan unánimes de esta última herejía; pero ¿no será esto efecto de la pasión de partido? Todos los días estamos oyendo á los escritores católicos imputar á los libres pensadores opiniones que éstos rechazan: ¿no sucedió lo mismo con *Berenger*? El archidiacono de Tours se queja de las consecuencias que sacaban de sus principios (3): hay que admitir, pues, que ha enseñado la presencia real; falta saber cómo la entendía. Sus propios escritos manifiestan que rechazaba toda presencia corporal. Para él el sacra-

(1) «*Inanis Ecclesie catholice fides ac professio.*» (*Biblioth. Maxima Patrum*, t. XVIII, p. 420).

(2) BERENGARIUS, *Epist. ad Adelmann.* (p. 38, ed. SCHMIDT): «*Vulgus et Paschasius, ineptus ille monachus Corbiensis.... Vulgus et cum vulgo insanientes Paschasius, Lanfrancus et quicumque alli.*»

(3) LESSING, *Berengarius Turonensis* (*Obras*, t. VIII, p. 420).

mento es un acto puramente espiritual que obra por medio de la inteligencia: «El cuerpo de Jesucristo, dice, está en el cielo y allí estará hasta la consumación de los siglos; si, pues, Jesucristo está presente en la Eucaristía, ha de ser espiritualmente, lo vemos, pero es con los ojos de la fe; lo recibimos, pero en nuestro corazón» (1).

El dogma de la transubstanciación fué consagrado en el siglo XIII por el concilio de Letran. «En todas las discusiones teológicas, dice Voltaire, Roma se ha decidido siempre por la opinión que más sometía al espíritu humano y que más anulaba el razonamiento: ¿Cuál debía ser el respeto hacia aquellos que con una palabra convertían el pan en Dios, y sobre todo hacia el Jefe de una religión que hacía tales prodigios!» (2). Esta acusación no es una calumnia del siglo XVIII. En la Edad Media la religión se confundió con la Iglesia, y la Iglesia se confundió con el clero. ¡Considérese el inmenso prestigio que el dogma de la transubstanciación debía dar á los sacerdotes! Se decían los intermediarios entre el cielo y la tierra; el misterio de la Eucaristía era una manifestación patente de su misión divina. El monje *Paschasio Radberto*, á quien *Berenger* acusa de participar de la superstición del pueblo, veía muy bien la ventaja que proporcionaba al clero: «El sacerdote, dice, es el órgano visible de Cristo; lleva las oraciones de los fieles á los pies del Todopoderoso y les comunica la voluntad de Dios» (3). Durante toda la Edad Media las funciones del sacerdote en el misterio de la Eucaristía sirvieron para exaltar el poder sacerdotal (4). El clero se identificó en cierto modo con Dios; esto es tan cierto, que un papa se atrevió á llamar dioses á los sacerdotes! (5).

(1) BERENGAR., *De sacra cæna*, p. 177, 148.

(2) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 45.

(3) PASCHAS. RADBERT., *De corpore et sanguine Domini*, c. 12 (*Biblioth. Maxima Patrum*, t. XIV, p. 741).

(4) En un sermón de PIERRE LE MANGEUR, canciller de la Iglesia de París en el siglo XII, se lee: «*Est ergo sacerdos coadjutor redemptoris, consiliarius Domini Sabaoth.*» (*Bibl. Maxima Patrum*, t. XXIV, p. 1459.)

(5) El papa Adriano, escribiendo al emperador Federico Barbaroja, llama á los obispos dioses: «*Qui dii sunt et filii Excelsi omnes.*» (*Chronic. S. Bertini*, c. 43, pars. VI, en MARTENE, *Thesaurus Anecdotorum*, t. III, p. 648.)

Se comprenderá ahora el furor del clero contra el archidiacono de Tours: toda su vida no fué más que una serie de persecuciones. Uno de los grandes personajes de la Iglesia, Lanfranco, arzobispo de Cantorberi, preparó el camino por medio de la calumnia (1). El concilio de Roma condenó á Berenger sin oírlo. No bastó esto al santo celo de sus adversarios. El obispo de Lieja escribió al Rey de Francia que, en lugar de convocar un sínodo para juzgarle, harían mejor en encender una hoguera para quemarlo (2). El Rey de Francia se contentó con reducir á prision al heresiarca; pero el pueblo, movido por los frailes, estuvo á punto de matarlo (3). Bajo el punto de vista de la ortodoxia, la Iglesia tenía razon en odiar á Berenger: no ha tenido enemigo más peligroso. Su concepcion de la Eucaristía atacaba al clero en el principio mismo de su autoridad, y su racionalismo ocultaba peligros más graves todavía. El archidiacono de Tours respetaba en apariencia el dogma; pero lo alteraba espiritualizándolo; esto consiste en que la razon y el dogma católico son incompatibles. Tomar la razon como punto de partida, como lo ha hecho Berenger, es venir á parar á la negacion de la religion revelada. La Iglesia ha debido, pues, condenarle; pero por lo mismo la filosofia debe condenar á la Iglesia y su doctrina.

### § III. — Abelardo.

Los libres pensadores que hasta ahora hemos encontrado son á un mismo tiempo cristianos y filósofos; cristianos por la influencia de los tiempos en que vivían, no sospechan que su filosofia destruye el cristianismo. Lo mismo sucede con Abelardo. La Iglesia lo ha condenado. La censura era justa teniendo en cuenta las tendencias, porque los principios filosóficos de Abelardo daban por resultado la negacion del catolicismo. Pero la condena-

(1) LESSING ha puesto de manifiesto la odiosa conducta de LANFRANCO en su *Berengarius Turonensis*.

(2) D'ACHERY, *Spicilegium*, t. IV, p. 447.

(3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, I, § 29, notas f, g y r.

cion era injusta en cuanto se refiere á las intenciones de Abelardo, porque el ilustre doctor ha hecho siempre protestas de ortodoxia: en su *Introduccion á la Teología*, dice que, si se engaña, está pronto á retractar sus errores (1); escribe á Eloisa que Aristóteles no le hará separarse de Cristo; en su Apología hace una profesion de fe cristiana (2). Abelardo se creía ortodoxo; habla con horror de las herejías de Orígenes (3), los herejes le parecen mil veces peores que los gentiles (4). El filósofo, acusado de racionalismo, está tan léjos de no creer más que lo que enseña la razon, que dirige á los dialécticos la misma censura que San Bernardo le dirigía á él (5). En el libro mismo que ha condenado la Iglesia, Abelardo se proponía defender la religion cristiana contra sus adversarios (6).

Abelardo se ha engañado queriendo conciliar la razon con la fe revelada: despues acá otros muchos han fracasado en esta obra imposible. Al cabo la experiencia ha sido útil para la razon; la razon y la fe se han divorciado hasta que la última se ponga de acuerdo con la primera. Pero si Abelardo quiere poner la razon al servicio de la fe, ¿con qué título le ponemos entre los libres pensadores? Como defensor de la razon. San Agustín parte del principio de que la fe es ántes que la inteligencia; á pesar de todas las transacciones que la Iglesia se ve precisada á celebrar con la razon, esta opinion es necesariamente la suya. La razon, por el contrario, en cuanto se despierta, necesita comprender para creer. Abelardo dice que, llamado á enseñar la teología, sus discípulos le pidieron argumentos sacados de la filosofia, propios para satisfacer á la razon; le rogaron que les enseñase, no á repetir lo que él decia, sino á comprenderlo; porque, decían, nadie puede creer sin haber comprendido, y es ridículo ir á predicar á los demas cosas que no puede comprender ni el que las enseña ni

(1) ABELARDI *Introductio ad Theologiam*, Prologus, p. 974, 975.

(2) ABELARDI *Opera*, p. 308, 330 y sig.

(3) « *Supramodum abominandas hæreses* » (Op., p. 1045).

(4) IB. « *Quis etiam hæreticos longe deteriores esse gentibus ignoret?* »

(5) *Theologia christiana*, lib. III (MARTENE, *Thesaurus Anecdotorum*, t. V, p. 1247): « *Quod enim id solum recipiunt, quod eis ratio sua persuadet....* »

(6) ABELARDI *Introductio ad Theologiam*, p. 1046, 1004, 1047. C. *Theologia christiana*, en MARTENE, t. V, p. 1242.